

El arte de ser persona

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

Ser persona es un privilegio en el Cosmos. En la inmensidad de lo existente, algunos seres reciben a través del dinamismo evolutivo la posibilidad de ser personas. Es una posibilidad que comenzó con un distanciamiento de lo estrictamente natural. Un ser social, en determinadas circunstancias, puede decir no a los determinismos naturales y, así, inaugurar una manera nueva de ser. Saliendo del determinismo pudo tener una perspectiva sobre el universo y sobre sí mismo. Comenzaba el camino de la libertad. Rotas las ataduras del círculo, echaba a andar la historia: la conciencia reflexiva, y, con ella, la intencionalidad, la búsqueda proyectada, el mundo de los significados, del sentido. Una verdadera revolución en la existencia de la que todavía no hemos sabido extraer las consecuencias; aún nos dura el pasmo.

El caso es que cada ser personal que llega a este mundo, viene con una herencia genética y un entorno humano que le hace posible y que le condiciona para ser persona como sólo él podrá serlo, a su manera. Nacemos menesterosos, abiertos, inacabados, hambrientos y en búsqueda permanente de relación. Somos... para ser... siendo. La acción es lo primero, la vida viviéndose. Todo lo que vivimos nos hace ser. Vivimos siempre en la voz media, nos elegimos con lo que elegimos hacer. En la relación con las demás personas y con el mundo que está dentro y fuera de nosotros, nos relacionamos con nosotros mismos. Salir al encuentro es constitutivamente necesario para encontrarnos a nosotros mismos. No hay yo, sin tú.

Así pues, somos **subsistencia y relación**, no hay subsistencia sin relación. En saber acoger y mantener unido este dinamismo constitutivo se juega nuestro caminar personal. Ser persona es un **don** que se nos impone y que se manifiesta como una llamada permanente a hacer la libertad, que es nuestra única posibilidad de ser personas; se trata de una **tarea inacabable** que puede ser gozosa o sin sentido, que siempre es esforzada. El verdadero trabajo humano.

Mounier lo expresaba así: «*La persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia e independencia en su ser; mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad, y desarrolla, por añadidura, a impulso de actos creadores, la singularidad de su vocación*» (**Manifiesto**, 71-72)

Mounier pertenece a esa clase de personas que nos aupán sobre sus hombros para que podamos ver mejor el horizonte, un horizonte mejor.

Así quería el mundo: «*Sueño con un mundo en el que pudiera parar al primer llegado a una esquina y, siendo instantáneamente semejante a todo lo que él es, continuar con él sin ninguna extrañeza su conversación interior. Las pocas veces que yo he encontrado un alma de calidad suficientemente rara para poder tomarme con ella esa libertad, lo he hecho. Así han nacido mis mejores amistades*» (IV, 589)

Sin duda, Mounier era de pueblo, campesino, en su caso montañés. Lo suyo no era la sociedad anónima.

Mounier murió hace ahora cincuenta años, sin embargo, yo, me lo encontré, acompañado de algunos amigos, al doblar una esquina de mi vida hace dieciséis años. Desde entonces, me ocurre con sus libros lo que dice Quevedo que le ocurría en medio de la paz de los desiertos en los que estaba retirado: «*vivo en conversación con los difuntos, y escucho con mis ojos a los muertos*», porque «*al sueño de la (mi) vida hablan despiertos*».

A mi parecer, no escuchamos a los muertos, escuchamos a los que ahora viven de otra manera, y, sobre todo, porque han vivido de otra manera. La vida, como el amor y la amistad, es para siempre.

Su manera de ser y su palabra eran exigentes, **buscaba abiertamente la verdad**, en la mejor línea paulina: «*Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta*» (Flp 4, 8).

Proponía una revolución —**El Personalismo**— como la manera de salir de la crisis de civilización en la que se encontraba Occidente. Esta revolución consistía en **caminar hacia la utopía de la Fraternidad mediante una civilización del Trabajo y de la Pobreza**.

Me sigue atrayendo de él su **radicalidad** y su **paciencia**, esa exigencia profética que le mantuvo trabajando en todas las circunstancias por entero, sin echar cuentas, a los pies de los más pobres: «*somos los servidores de los miembros dolientes de Cristo*».

Al mismo tiempo que **supo analizar con rigor** la época en la que vivió, y **denunciar**, sin concesiones, sus errores: los individualismos y los colectivismos; supo achacarlos más que a la maldad de los hombres a su ignorancia. Era necesario **educar** un hombre nuevo, para una nueva civilización más humana.

No se trataba de una utopía con los pies en el viento. Mounier era muy consciente, desde bien pequeño, de que en el encuentro con los hombres siempre estaba presente el sufrimiento, la muerte, la miseria, las incomprendiones, la maldad querida, la estupidez. Tenía los pies en el suelo. Por eso, lo verdaderamente difícil, el toque magistral de su arte personal en este sentido

fue vivir todo eso con **profunda alegría**. Pocos lo consiguen. Estoy convencido de que Mounier pudo alcanzar esta manera de ser por su extraordinaria fe cristiana. Gracias a la dialéctica que se establece en el cristianismo entre **la cruz y la resurrección** pueden alcanzarse maneras de vivir que no parecen posibles sin ella. La cruz y la resurrección unidas impulsan una lucha inabitable por una vida plena y por las condiciones que la hacen posible, relativizando los fracasos, haciendo que prevalezca sobre el sufrimiento y la muerte la fundada esperanza de la Vida eterna. Siendo muy conscientes de que el caminar de la historia está plagado de fracasos, de maldad y de oscuridades, se opta por entregar la vida propia para hacer que todos la puedan vivir dignamente, incluso aquellos que la quitan, sin quitarla, devolviendo bien por mal. Mounier fue de estos hombres, y mantuvo su alegría y su agradecimiento en las peores circunstancias: ni la muerte de su amigo, ni la enfermedad de su hija, ni la cárcel, pudieron con su esperanza.

Su **pasión por el diálogo** le llevó a buscar y acoger maneras de pensar y de vivir muy diferentes a las suyas. *Esprit* fue una revista ecuménica desde el primer momento, en ella había judíos, masones, ortodoxos, protestantes, ateos y, por supuesto, cristianos católicos. Siempre se esforzó por crear un espacio en el que los hombres pudieran encontrarse en lo verdaderamente humano. Agradecía profundamente a los ateos que le ayudaran a ser mejor cristiano, pensaba que debía besar el suelo que pisaban algunos de ellos, incluso se manifestaba celoso de no haber sido un convertido, según su apreciación, le había costado poco esfuerzo creer tan hondamente en el Dios Amor de Jesucristo.

Sin duda, los textos más duros fueron para lo que más quería, el **cristianismo**. Amar cristianamente exigía servir a los más pobres y no podía soportar la convivencia y la solidaridad de muchos cristianos con el desorden establecido. Esta postura estuvo a punto de costarle una condena del Vaticano. Fuera de la Iglesia, tampoco la relación con el **comunismo** era fácil. Su denuncia del estalinismo y de sus métodos, y la crítica de la insuficiencia antropológica del marxismo no gustaban al entonces poderoso partido comunista francés.

Toda esta decadencia humana dentro y fuera de la Iglesia; lo que para él era una crisis de civi-

lización exigía la entrega total. Su **opción por la pobreza** es radical. Se trata de la única manera de construir un hombre nuevo, verdaderamente humano, frente a ese mundo **burgués** que vaciaba lo mejor del hombre, incapacitándole para el amor. El hombre necesita una propiedad humana, pensaba Mounier, pero el hombre sólo crece como persona amando, convirtiendo su poder en servicio, desapropiándose: *para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada*. Las propiedades se apropian del hombre en el mundo del dinero, que es el mundo de la facilidad. Su crítica del **capitalismo** es total, metafísica: *es el principal agente de opresión del hombre en el seno de la historia*. El burgués es el hombre que se empobrece a sí mismo al no poder amar.

En las **crisis** por las que pasó, éste fue el método que utilizó para salir de ellas: *«siempre que he sufrido una crisis así, encontré la solución de esta forma: darme constantemente a todos y a todas las cosas»*. De sus crisis más fuertes hacia sus ma-

yores conversiones, así ocurrió cuando dejó la medicina por la filosofía, o cuando dejó los privilegios de la Universidad por el movimiento *Esprit*.

Fue un **trabajador** convencido, hasta el agotamiento. Es increíble la entrega de este hombre en cualquier ámbito y circunstancia, hasta que el corazón dijo ¡basta!

Era un hombre delicado, **lleno de ternura**. Lo muestra de manera admirable el comportamiento con su hija Françoise: En marzo de 1940:

El diagnóstico se vuelve a cerrar. Françoise ha caído en un gran silencio, abiertos sus bellos ojos desde la mañana hasta la noche a Dios sabe qué misterio, sin un gesto, sin una señal de conocimiento.

El último estado de Françoise ha creado una gran tristeza profunda que marcará indudablemente el final de mi juventud empírica...



E. Mounier con sus hijas: Ana (1942) y Martina (1948).

Desde la mañana hasta la noche, no pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que nosotros damos, para no desmerecer de este pequeño Cristo que está en medio de nosotros, para no dejarle solo con Cristo. No quisiera que perdiésemos estos días porque olvidáramos tomarlos por lo que son: días llenos de una gracia desconocida.

Pero, cuando rehusamos cada día el milagro de la santidad, el único que depende nosotros, ¿por qué habríamos de pedir milagros gratuitos?

Es muy hermoso ser cristianos por la fuerza y la alegría que esto da al corazón, por la trans-

figuración del amor, de la amistad, de las horas y de la muerte. Nada se asemeja más a Cristo que la inocencia sufriente.

Mi pequeña Françoise, tú eres para mí la imagen de la fe. Françoise, hija mía, sentimos que una historia interviene en nuestro diálogo: resistirnos a las formas fáciles de la paz firmada con el destino, seguir siendo tu padre y tu

madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y de presencia, proseguir la plegaria que tú eres, reavivar nuestra herida, puesto que esta herida es la puerta de la presencia, permanecer contigo.»

Qué se puede decir después de textos como estos.

Mounier fue un **revolucionario**. El amor es el mejor antídoto contra la sumisión, que comienza en el automenosprecio; saberse digno por sentirse querido es el suelo nutricional de la verdadera libertad que siempre culmina en la disponibilidad y en el servicio. Mounier **se sintió muy querido y amó mucho**. No puede querer a otro quien no se quiere a sí mismo y difícilmente puede querer a sí mismo quien no se siente querido. No hay yo sin tú; sólo hay un dinamismo de personalización y es el amor. Este dinamismo, como dice Mounier, busca la comu-

nión, es integrador de la realidad y no separa el amor al otro del amor a sí mismo y del amor a Dios, ni del cuidado del mundo, tampoco es cosa de héroes, sino vocación humana, por eso, para Mounier, «*el verdadero hombre extraordinario, es el verdadero hombre ordinario*»; siendo rigurosos hasta el extremo, «*ser es amar*».

Había experimentado con los que le amaban, los padres, los abuelos, su hermana, los amigos, un amor lo suficientemente hondo como para querer apasionadamente entregar la vida en el empeño de que algo así pudiera ser universal, ser posible para todas y cada una de las personas y esta experiencia fue para él más fuerte que la pereza, la delegación o el miedo cuya tentación todos experimentamos.

«*Entonces, a los catorce años, yo sentía toda la dulzura del mundo con toda la ambición del tiempo, estaba la presencia de Dios en el cielo y, en la tierra, a ras de las sombras, una plenitud de amor*». «*Lo que yo esperaba de la vida era encontrar personas, y sabía bien lo que esto quería decir: encontrar el sufrimiento. Siendo niño, de los doce a los veinte años, (...) me parecía que yo no podía figurarme la alegría más que compartiendo el sufrimiento. Esto no disminuía de ninguna manera la juventud, el frescor. (...) Sólo encontraba gusto por lo real en medio de estas circunstancias.*» (IV, 467)

Era un **hombre reflexivo** que, desde muy pequeño sentía la necesidad de los demás, de encontrarse con los buscadores y de dialogar con ellos; sustentado en el Evangelio cristiano, se lanzaba conscientemente a la acción:

Por lo que a mí respecta, toda mi vida ha sido construida contra mi temperamento». «El carácter no es un hecho, sino un acto...; hablando con amplitud, se puede decir que cada cual tiene los acontecimientos que merece.

Mounier, como cualquier persona, **fue descubriendo su vocación**, viviendo, caminando,

al hilo del acontecimiento, del que llegó a decir que debería ser nuestro «maestro interior». No desarrolló su filosofía de la persona primero y la aplicó a su vida después. Mounier **fue de la persona al personalismo**. Acogió la idea de persona de la mejor tradición cristiana y la hizo presente y eficaz encarnándola en su propia vida convertida en testimonio profético y mediante un pensamiento combatiente, que se apoyó, sobre todo, en el movimiento *Esprit*.

Su pensamiento se basó en la toma de **conciencia de una crisis de civilización**. Fueron los hechos a los que Mounier escuchaba atentamente los que le llamaron, por exigencia espiritual y por sentido histórico, a la **revolución**.

Unos meses después de la Licenciatura, en julio de 1928, consigue aprobar las oposiciones para **Catedrático de Instituto**. En la Francia de 1928, con veintitrés años, era un privilegio encontrarse en esa situación social y académica, pero Mounier ya caminaba con tres heridas: *La de la vida, la de la muerte y la del amor*.



1942. Salida de la prisión. Con su esposa

A los veintidós años, unos meses antes de terminar la carrera, había vivido una de las experiencias —acontecimiento— más duras para un ser humano: **Georges Barthélemy**, su único amigo, su único testigo interior, muere el día 5 de enero de 1928. «*Era el amigo de los dieciséis años, nacido con la vida, insustituible para siempre...*» (IV, 485)

«*La tarde en que lo amortajé fui a escuchar las Bienaventuranzas de César Frank, pues cualquier otro espectáculo me habría resultado insostenible. Fui al concierto como a una plegaria. Decirle lo que sentí y comprendí en tres horas de tiempo me resultaría imposible. Como en un éxtasis, con el alma desnuda como estaba aquella tarde, sentí pasar todo el problema humano. (...) Qué cierto es que el sufrimiento nos abre los caminos de Dios. A pesar de lo irreparable, estos días son de los más ricos: por adelantado, se los rechazaría; después no se querría haber dejado de vi-*

virlos» (A J. Chevalier. 25/1/1928, IV, 486-487)

Entre las cosas que sintió y comprendió estaba, posiblemente, que la vida propia era para entregarla y que el mayor impedimento para la entrega es el aburguesamiento, por eso, después de ganar la oposición le escribe a J. Guittou: «¿mi porvenir?. Todo, menos una línea recta, obstinada, ciega, con un sillón al fondo».

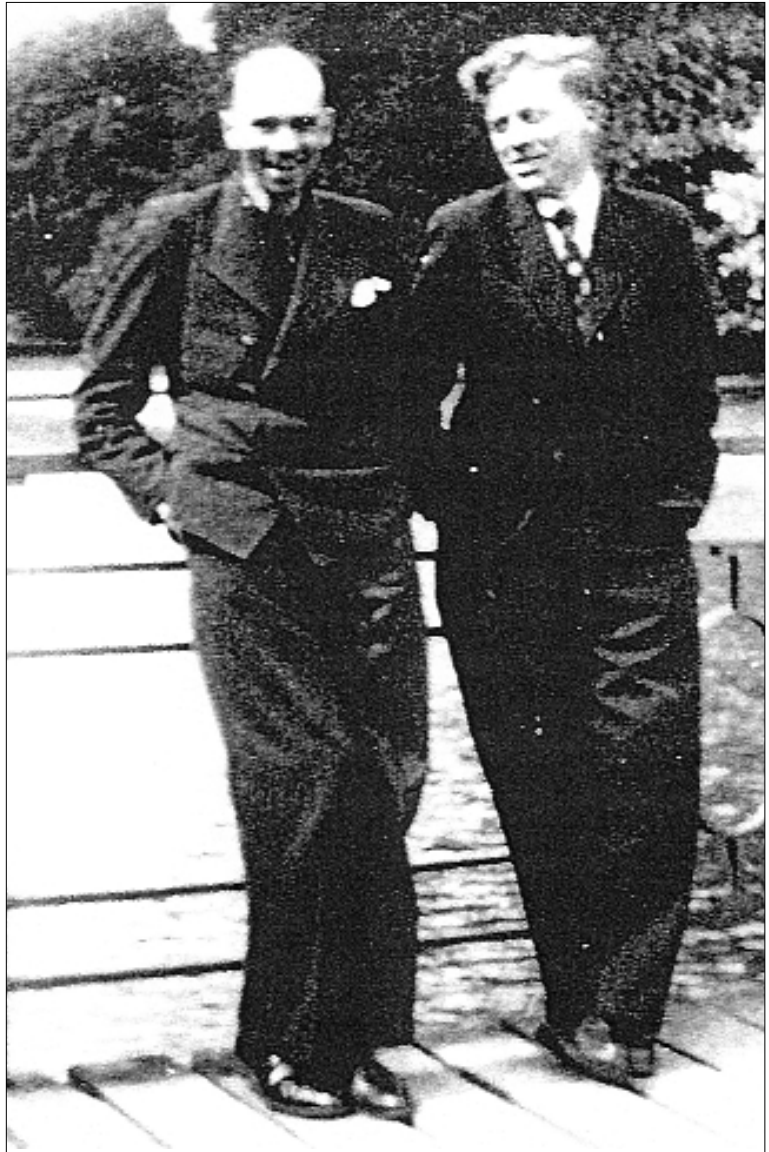
No buscaba *curriculum* universitario, sino servicio a los hombres, una obra humana, termina por dejar la tesis doctoral y seguir con la mística. En esta época, alrededor de la Navidad del 29, Mounier nos dice lo que le ocurrió:

cristalizó en mí un triple sentimiento:

1. Idea de que un ciclo de creación francesa quedaba cerrado y de que había otras cosas que pensar y que no podían escribirse en ningún sitio.
2. Noción cada vez más intensa de ver nuestro cristianismo solidarizado con lo que yo, años más tarde, llamaría desorden establecido, y voluntad de ruptura.
3. Comprender que bajo la crisis económica naciente latía una crisis total de civilización.

Abandonó la vida fácil y los privilegios. Cuando renuncia a su puesto de profesor de filosofía para dedicarse a *Esprit* pronuncia estas palabras: *¿cómo ceñirse a una confrontación teórica, cuando el Cristo sigue mutilado o esclavizado en tres cuartas partes de la humanidad? Hay que lograr el equilibrio entre la teoría y la praxis, al menos, mientras toda la humanidad no tenga satisfechas las necesidades vitales. Me mantendré en la obra comenzada en Esprit hasta la misma miseria.*

Así pues, cuando se entrega a la tarea de *Esprit*, Mounier tenía algunas cosas claras: su vocación era educativa; quería darse a todo y a todos, ser comunitario; su vocación le exigía una



1936, Bruselas. Con su amigo Jacques Lefranc

pobreza integral; una transformación radical comienza por el cambio del corazón, pero, precisamente porque hacemos el mal voluntariamente, la revolución será espiritual o no será; pero, a su vez, será estructural, económica y política, o no será. La apuesta por la pobreza es la única manera en la que podrá luchar el intelectual junto a los oprimidos y los humillados. De esta paradoja evangélica de la humildad glorificada, él hace un fermento revolucionario.

En este mundo inerte, indiferente, inquebrantable, la santidad es en lo sucesivo la única política válida, y la inteligencia, para acompañarla, debe conservar la pureza del relámpago.

Todo en él es de origen cristiano. **Los enemigos** están identificados: la tiranía del dinero, el envilecimiento por la propiedad, la desgracia de la costumbre, la mediocridad burguesa y la estéril pretensión del saber.

Hay un orden aparente que encubre un **desorden establecido**.

Trabajamos para edificar las bases de la comunidad integral y de la vida auténtica. Esto exige la coherencia personal. *«Ante todo es necesario dar testimonio de nuestra ruptura con el desorden establecido. Pero, una toma de conciencia que no diera por resultado una toma de posición; un cambio de vida y no sólo de pensamiento, sería una nueva traición a lo espiritual».* **La primera tarea**, por tanto, será: *«hacer revolucionarios a los espirituales»*, es decir, arrancarles del individualismo y de la abstención en que se complacen, obligarlos a rupturas y a compromisos políticos. **La segunda tarea** completa la primera: *«hacer espirituales a los revolucionarios»*, es decir, abrirlos a los valores sin los cuales la revolución cae de nuevo en opresión colectiva.

Construir pacientemente una síntesis de civilización, **educar** para el mañana... pero también **mantenerse disponible** para el acontecimiento, **comprometerse** cuando la historia lo reclama, son las dos caras de un proyecto único.

«El hombre concreto es el hombre que se da». El amor hace existir a cada uno en particular y a todos juntos. *«Estamos en contra de la filosofía del yo, y a favor de la filosofía del nosotros», «El nosotros en una manera de pensar y de pronunciar la primera persona».* *«Sabemos que el amor no echa cuentas, que no es un notario, y que, entre quienes aman, la igualdad vendrá por sí misma. Más que egoísmo es ignorancia el no saber que la primera experiencia del verdadero amor es que el amor multiplica el amor, y que es preciso lanzarlo, desbordarlo alrededor de nosotros».*

«El espíritu se define por la unión». **La persona** es una necesidad, una tarea y una tensión continuamente creadora. **Un dinamismo de la generosidad** que, para Mounier, se apoya en un Dios personal y amoroso, creador de libertades.

La dulzura de la vida privada conduce a un verdadero *«suicidio espiritual, una esterilización de la existencia»*. Sin embargo, la persona se realiza por una serie de actos originales que no tie-

nen equivalente en ningún otro ser del universo: *salir de sí; comprender; tomar sobre sí; dar; y ser fiel.*

La acción ante los hombres no es para nosotros una vocación ocasional, sino la plenitud de nuestro pensamiento y la consumación de nuestro amor. Tenemos que darnos enteramente. La persona no se libera más que liberando.

«Nosotros queremos un mundo humano, y un mundo no es humano más que si brinda sus posibilidades a las exigencias esenciales del hombre».

Educar no es hacer, sino despertar personas. Si no se cambia el corazón de los hombres, y las relaciones entre los hombres, en la aspereza de lo cotidiano, las revoluciones no harán otra cosa que traernos nuevos tiranos.

Esta lucha exige **tomar partido y una entrega total**, por eso: *un hombre no alcanza su madurez hasta que no asume fidelidades que valen más que su vida.*

La **resurrección** de los cuerpos es la resurrección del hombre total. De ahí que no puede decirse cristiano quien no luche por la resurrección de las condiciones de vida de quienes no pueden vivir.

Su **precepto capital** era: *«El objetivo final de la inteligencia es la comunión».* El 22 de marzo de 1950, de madrugada, moría de un ataque al corazón. Tenía sólo cuarenta y cinco años, pero una vida no se pierde si se hace de ella un gran testimonio: *«Une vie n'est pas brisée qui a porté un grand témoignage».*

La lucidez, la luminosidad y la alegría de su testimonio siguen siendo necesarias entre tanta mediocridad humana y entre tanta deserción cristiana, y es menester rescatar del olvido su presencia y su figura, porque la ignorancia o el menosprecio alcanzan incluso a los más afamados investigadores de nuestra España, para alguno de ellos, hablando en el XXIII Foro sobre el Hecho Religioso: *«Para un cristianismo de frontera»*, que convoca «Fe y Secularidad», este profeta, que levantó uno de los testimonios más proféticos del cristianismo del siglo xx, ni siquiera merece una mención en toda su exposición.

Su proyecto de una civilización del trabajo y de la pobreza, desde la fraternidad, siguen siendo nuestra utopía, y, por su testimonio, Mounier es para nosotros un maestro, un guía y un amigo.